

oficiales y de los soldados. Después de estrechar sobre su pecho al general Petit, se hizo presentar el águila imperial. Besóla y dijo, devolviendo la bandera: « ¡ Que este beso resuene en la posteridad! »

## SEGUNDA PARTE

### LA RESTAURACIÓN.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

LA RESTAURACIÓN. — CARTA DE 1814. — LOS CIEN DÍAS. — EL ACTA ADICIONAL. — WATERLOO. — CONGRESO DE VIENA. — TRATADOS DE 1815. — CUADRO COMPARADO DE LAS POTENCIAS EUROPEAS Y DE SUS COLONIAS EN 1789 Y EN 1815.

Luis XVIII otorgó á Francia una carta parecida á la constitución inglesa. Formóse un poderoso partido contra la monarquía y Napoleón volvió á ocupar el trono. Su reinado fué corto, reduciéndose á lo que se ha llamado los Cien Días. Vencido en Waterloo, lleváronlo cautivo á Santa-Elena. Los tratados de 1815 modificaron toda Europa, según se verá comparando su distribución territorial en 1815 con la de 1789.

§ I. — *La Restauración. — Carta de 1814.*

**Advenimiento de Luis XVIII.** — El conde de Provenza, hermano de Luis XVI, había tomado en 1795 el título de Luis XVIII, al tener noticia de la muerte de su sobrino Luis XVII. El senado se apresuró á votar un acta constitucional declarando que el pueblo francés llamaba al trono á Luis Estanislao Javier, hermano del último rey, y después de él á todos los miembros de la familia de Borbón, según el antiguo orden de herencia y que se sometería sin tardanza á la aceptación del pueblo una constitución. Esto equivalía á resucitar el dogma de la soberanía nacional.

El conde de Artois, que entonces se hallaba en Nancy, se dirigió á París en medio de las aclamaciones popu-

lares. El príncipe, que era muy afable de carácter, transportó de entusiasmo á las masas gritándoles: ¡ No más quintas ni derechos reunidos! ¡ Paz, unión, concordia! »

Recibióronlo á la entrada en la capital Tayllerand y los miembros del gobierno provisional; el príncipe no respondió al discurso que le dirigieron; pero al día siguiente, el *Monitor* ponía en su boca estas palabras: « No veo que haya cambiado nada en Francia; sólo existe un francés más. » Nombráronlo lugarteniente general del reino, é instituyó un ministerio que dirigió los asuntos mientras llegaba Luis XVIII, aún en Inglaterra.

El rey, que vivía retirado en Hartwell desde la paz de Tilsitt, salió de allí el 18 de abril, y llegó á Londres el 20. El príncipe regente lo recibió con gran pompa y lo felicitó por ese cambio de fortuna, que lo llamaba de nuevo al trono de sus padres.

**Carta de 1814.** — Luis XVIII desembarcó en Calais el 25 de abril en 1814. Desde allí marchó á Compiègne lentamente y recibió en esta ciudad el homenaje del cuerpo legislativo y de los grandes funcionarios del Estado.

Hallándose en Saint-Ouen, el rey otorgó espontáneamente una carta, no queriendo que la ley fundamental de la nación dependiese de otra autoridad que la real.

Esta carta era una imitación de la constitución inglesa y coincidía en varios puntos con la declaración regia de 23 junio de 1789.

Establecía un gobierno representativo compuesto de dos cámaras: la de los pares, que era hereditaria, y la de los diputados, que era electiva.

La persona del rey era declarada inviolable y sagrada; pero sus ministros iban á ser responsables.

El impuesto debía ser consentido por las cámaras, y repartido proporcionalmente á la fortuna de cada ciudadano.

Lós jueces eran inamovibles; la propiedad quedaba

garantizada; la deuda pública reconocida, y la venta de los bienes nacionales declarada irrevocable.

Confirmábase la libertad individual, y reconocíase la pública; respetábase la de la prensa y se garantizaba la de cultos.

Nadie debía ser molestado por sus votos y sus opiniones.

El rey consagraba la igualdad de los ciudadanos ante la ley; la admisibilidad de todos los franceses á los empleos; la ponderación de los poderes; la unidad administrativa; el sistema representativo y todas las libertades sociales.

Luis XVIII entró en París el 3 de mayo, siendo recibido con entusiasmo. Atravesó la ciudad en coche descubierto tirado por ocho caballos, y llevando consigo á la duquesa de Angulema, el príncipe de Condé y el duque de Borbón. Apeóse en la iglesia metropolitana donde se cantó un *Te Deum* en acción de gracias. Después pasó por el Puente Nuevo, donde acababa de restaurarse la estatua de Enrique IV, y desde allí marchó á las Tullerías, á ese palacio que abandonara su hermano el 10 de agosto, de 1792, para ser conducido á la prisión del Temple.

**Tratado de París.** — (30 mayo 1814). — Era preciso tratar con los aliados que habían invadido la Francia, y el 30 de mayo se firmó con ellos un tratado que se llamó primer tratado de París. Con arreglo á este pacto, Francia volvía á sus límites de 1792, aumentando su territorio con parte de la Saboya y de algunos cantones anexionados á los departamentos de los Ardennes, del Mosela, del Bajo Rhin y del Ain. La posesión del principado de Montbeliard y del condado Venaisino le quedaba confirmada. Devolvíanle, por fin, Guadalupe, la Martinica, María Galante, las Santas, la Deseada, las dos terceras partes de la San Martín en las Antillas Menores, la Guayana, San Pedro y Miquelón y la Pequeña Miquelón, con el derecho de pesca en el banco de Terranova, el Senegal, la isla Borbón, y

los establecimientos que aun hoy posee esta nación en las Indias, esto es, sus antiguas posesiones coloniales menos Tabago y Santa Lucía en las Antillas Menores y la isla de Francia en el mar de las Indias. Inglaterra decidió conservar estos últimos establecimientos como garantía de su prepotencia en los mares.

Si se considera el estado de agotamiento en que se hallaba Francia, se comprende que no era posible obtener mejores condiciones. Sin embargo, el ejército se mostró descontento, y á pesar de hallarse vencido é impotente, pretendió que no se debía haber sacrificado con tanta facilidad lo adquirido á costa de tanta sangre y dolores.

**Oposición contra los Borbones.** — Habiendo fechado Luis XVIII su carta en el año décimoséptimo de su reinado, y habiendo dicho que restablecía en la sucesión de los tiempos el orden interrumpido por tan funestos sucesos, sus adversarios lo acusaron de querer borrar de los anales franceses los gloriosos años de la República, del Consulado y del Imperio, y tanto los republicanos como los imperialistas se indignaron ante tal pretensión.

Queriendo organizar su casa á la usanza antigua, el rey restableció los guardias de corps según existían bajo Luis XVI. Al efecto tuvo que llamar á su lado á los hombres que le habían permanecido fieles en la adversidad, y dió puestos de confianza á los que le habían servido con más valor y abnegación. Mas, al ver llegar á los emigrados á los principales empleos, la antigua guardia se quejó, pretendiendo que se olvidaban sus servicios. Los mariscales y los grandes dignatarios del imperio fueron atraídos hacia el nuevo orden de cosas; pero el Tesoro estaba demasiado exhausto para que fuera posible conservar á todos los oficiales en su puesto con el sueldo correspondiente á su grado. Muchos de ellos fueron dejados de reemplazo y á medio sueldo, lo cual era convertirlos en descontentos.

La carta era liberal, y esto nadie podía negarlo; pero se pretendía que el rey lamentaba haberla otorgado. El partido del conde de Artois autorizaba estas suposiciones, pues en vez de aceptar las nuevas ideas, cosa necesaria en aquel tiempo, no cesaba de atacarlas y recomendar la vuelta al antiguo régimen.

Se había prometido á los adquirentes de bienes nacionales que se les dejaría disfrutar en paz de su propiedad; pero los emigrados reclamaban en alta voz contra tal promesa, invocando derechos incontestables, y asegurando que al fin el rey volvería sobre sus ofrecimientos. Los revolucionarios y los imperialistas se apoderaban de estas indiscretas palabras y lograron atemorizar al pueblo, haciéndole creer en el restablecimiento del diezmo y de los privilegios abolidos por la revolución.

**Napoleón vuelve al trono.** — El soldado echaba de menos en los cuarteles el poder imperial que tan alto elevara la profesión de las armas; y en la clase media los imitaban muchos por oposición á la influencia religiosa que temían ver predominar á la postre.

Una ley decretó la santificación obligatoria del domingo, y esta disposición, que no hubiera debido ser considerada en el seno de una nación cristiana más que como el fin de un gran escándalo, se tomó como atentatoria á los intereses de la industria y del comercio y á la libertad individual.

Napoleón, que estaba al tanto de todas estas causas de descontento, y que suponía que los soberanos reunidos en Viena lo encontraban demasiado cerca del continente y esperaban relegarlo en alguna isla más distante, no les dió tiempo para ejecutar sus proyectos. El 26 de febrero abandonó la isla de Elba y se embarcó á bordo del *Inconstante* con seiscientos hombres de la antigua guardia y trescientos corsos ó polacos. Tomó tierra en el Golfo Juan, cerca de Cannes, y el 1.º de marzo pasó la noche en un bosque de olivos cerca de esta ciudad. El 2 se alejó del Mediterráneo y se dirigió

por los Alpes hacia Digne, donde se instaló el 4 como emperador.

Desde allí avanzó hasta Grenoble, donde halló al coronel Labédoyère con su regimiento. El conde de Artois y el duque de Orleans, Luis Felipe, salieron para Lyon; pero no pudieron contener á la guarnición, y al acercarse el emperador tuvieron que retirarse. Ney, que se había comprometido á presentarse en París con el tirano dentro de una jaula de hierro, cedió al empuje general, y el 20 de marzo estaba Napoleón en Fontainebleau. Viéndose Luis XVIII abandonado, se despidió de sus antiguos amigos, de sus servidores y de la guardia nacional, y tomó por segunda vez el camino del destierro, dirigiéndose primero á Lille y desde allí á Gante.

Tres horas después de la partida del rey, Napoleón entraba en París por los boulevards, no queriendo atravesar la ciudad en toda su extensión. Su coche, rodeado por la guardia á caballo, entró en las Tullerías, y apenas se halló en el patio, cuando se vió el emperador cogido en brazos por los oficiales, que lo llevaron en triunfo hasta sus habitaciones.

§ II. — *Los Cien Días.* — *El acta adicional.* — *Waterloo.* — *Congreso de Viena.* — *Tratados de 1815.*

**Acta adicional á las constituciones del Imperio.** — Los realistas trataron de organizar la resistencia en distintos puntos de Francia. El duque de Borbón, hijo del príncipe de Condé y padre del duque en Enghien, que era gobernador de los departamentos del oeste, sublevó la Vendée; la duquesa de Angulema se dirigió á Burdeos y se mantuvo allí durante algún tiempo con heroica perseverancia, mientras que su marido se reunía en Tolosa con un ejército de doce mil voluntarios realistas. Pero al fin tuvieron que ceder al empuje general. El duque de Borbón hizo vela para Inglaterra, y el de Angulema, cercado por las tropas

del mariscal Gilly, se vió obligado á capitular y á embarcarse en Cete.

Pacificado ya el mediodía de Francia, Napoleón no se hizo ilusiones sobre la revolución que acababa de efectuarse. Es verdad que el ejército lo había llevado en triunfo á las Tullerías; pero no se le ocultaba que los realistas formaban en el país un partido poderoso. Los revolucionarios aclamaron su regreso, pero haciéndole comprender que lo que deseaban encontrar en él, no era de nuevo el soberano absoluto, sino el defensor de la nación y el partidario de la libertad.

El genio práctico del emperador era hostil á las ideas demagógicas, que había considerado siempre como utopías peligrosas para la sociedad. La constitución del Imperio no contenía nada contrario á una libertad prudente y moderada, bastando por consiguiente con agregarle un acta adicional para satisfacer en dicho punto á los espíritus serios y sinceros. Napoleón manifestó su manera de pensar á Benjamín Constant, amigo de Lafayette y de Madama de Stael, y que pasaba por uno de los principales jefes del partido liberal.

Constant se convenció de que el emperador no tenía más deseos que restablecer los principios de 1789, y el liberalismo pareció dispuesto á aceptar el nuevo orden de cosas. El *acta adicional* que Napoleón había prometido fué publicado unos cuantos días después (22 abril) y sometido á la aceptación del pueblo. Este documento establecía, lo mismo que la carta de Luis XVIII un gobierno representativo con dos cámaras, la de los pares, que era hereditaria y la de los diputados, electiva; proclamaba la inamovilidad judicial: ponía bajo la garantía de las leyes la libertad individual; sometía al jurado los derechos de imprenta; se reservaba el nombramiento de los funcionarios públicos y restablecía la confiscación de bienes. Todos los cultos reconocidos por el Estado tenían derecho á protección análoga, y no debía existir religión predo-

minante ninguna. Declarábanse definitivamente abolidas las prerrogativas feudales y señoriales, y el pueblo renunciaba al derecho de volver á llamar al trono á la familia de Borbón.

Estas concesiones no fueron aprobadas por ningún partido, con asombro del emperador. La libertad de la prensa fué un arma de que se sirvieron igualmente los realistas y los revolucionarios para atacar las nuevas instituciones imperiales, viendo los primeros en ellas un atentado contra la libertad de la nación, y protestando los segundos en nombre de la igualdad contra una constitución que fundaba la distinción de dos cámaras en diferencias sociales abolidas para siempre.

No obstante estos ataques, llamada la nación á consignar en registros abiertos si aprobaba ó no las nuevas leyes, la contestación de la inmensa mayoría fué afirmativa. Entonces tuvo Napoleón la idea de dar á la proclamación del acta adicional la mayor solemnidad posible, y con tal fin, convocó las diputaciones de todos los colegios electorales, reuniéndolas en el campo de Marte el 1º de junio, con la cámara de los pares, la magistratura, la guardia nacional y las grandes autoridades militares. El arzobispo de Tours, ayudado por un cardenal y varios obispos dijo la misa. La ceremonia resultó fría, por más que se había esperado una gran manifestación popular, y el mismo Napoleón pareció sumido en hondas preocupaciones.

**Waterloo.** — En Vendée había estallado una insurrección realista, comunicándose al Poitou, el Anjou y la Bretaña. Para contenerla hubo que enviar contra ella al general Lamarque, al frente de 25.000 hombres. Por otra parte, los soberanos reunidos en Viena habían declarado en un manifiesto, al tener noticia de la vuelta de Napoleón á Francia, que éste se había puesto voluntariamente fuera de la ley, que lo entregaban á la vindicta pública, y que en adelante no podía existir entre ellos y el conquistador paz ni tregua.

Y en efecto, Europa entera tomó las armas. Murat,

que había cometido la locura de ponerse al frente de un ejército de 50.000 hombres, procurando sublevar toda Italia, fué vencido por los austriacos, abandonado por los napolitanos, y se vió obligado á refugiarse, primero en Provenza y luego en Córcega. Á más de las tropas que tenía en Italia, Austria puso en campaña contra Francia otros dos grandes ejércitos, uno de 150.000 hombres, que marchaba á través de la Suiza, y otro de 200.000, que iba camino del Rin. Los rusos, en número de 200.000, penetraban por la Baja Alsacia, mientras Blucher ocupaba el valle del Sambre con 150.000 prusianos y que Wellington reunía en Bruselas, bajo las banderas inglesas, 100.000 hombres más.

Como éstos últimos eran los que más cerca de Francia se hallaban, Napoleón concibió el proyecto de deslizarse entre ellos, vencer primero á los prusianos y echarse luego sobre los ingleses con sus tropas victoriosas para aniquilarlos. Este plan estaba admirablemente concebido, y Napoleón lo ejecutó con toda la superioridad de su genio.

No tenía más que 120.000 hombres enfrente de fuerzas más que dobles; pero recordaba á sus soldados que habían sido uno contra dos en Jena y uno contra tres en Montmirail. Al fin, el 15 de junio pasó el Sambre, y el 16 se halló en Ligny frente á los prusianos. Venciólos; pero éstos se retiraron en buen orden, y se atrincheraron en Wavres, á 4 leguas del Monte San Juan, donde debían socorrer á los ingleses dos días más tarde.

Ney había combatido el mismo día á Wellington en los Cuatro Brazos; pero no pudo forzar el paso para caer á espaldas de Blucher y cortarle la retirada, según lo pretendía Napoleón. Los franceses pasaron el 17 en el campo de batalla de Ligny y el 18 se hallaron frente á los ingleses, que Wellington había hecho atrincherarse cerca del pueblo de Waterloo en la meseta del Monte San Juan.

El combate no empezó hasta las 12, y á las 4 creía Napoleón ganada la batalla, oyéndose en las líneas francesas gritos de victoria. Pero entonces apareció Blucher con los prusianos, que el mariscal Grouchy, encargado de contenerlos, dejara pasar, y la situación cambió completamente. Los franceses que se creían vencedores, se vieron cogidos entre fuerzas muy superiores. Los antiguos soldados de los ejércitos de Italia y de Egipto lucharon hasta morir todos, é invitado Cambronne á rendir las armas de la guardia, contestó con la expresión famosa : *La guardia muere; pero no se rinde.*

**Napoleón II. Gobierno provisional.** — Después de este terrible desastre, Napoleón tenía aún á sus órdenes el cuerpo de ejército de Grouchy, que permanecía intacto. Uniendo á esto las guarniciones de las plazas del norte de Francia, le era posible organizar la defensa de la frontera de Bélgica; pero como los austriacos y los rusos se acercaban para unirse con los prusianos y los ingleses, el número de sus enemigos iba á subir antes de mucho á un millón de hombres. Por otra parte, el emperador no veía en torno suyo sino espíritus inquietos y desconcertados, y comprendía que su derrota debía atribuirse á aquella disposición moral, que impidió á sus más fieles é inteligentes generales ejecutar sus órdenes con la confianza y el ardimiento que tantas otras veces demostraran en diversos campos de batalla.

Así fué que tomó la resolución de volverse á París, y de pedir á las cámaras nuevos socorros y otro ejército. La consternación era general; el comercio y la clase media se estremecían ante la idea de una nueva invasión, creyendo que si los aliados volvían á entrar en la capital, llevarían todo á fuego y sangre. Las cámaras se imaginaron que para evitar tan grandes peligros sólo existía un medio : sacrificar á Napoleón.

Lafayette reunió el 21 de junio á los representantes de la nación, y les hizo adoptar las resoluciones si-

guientes : « La cámara declara que la independencia de la nación se halla amenazada, y se declara en permanencia.

» Toda tentativa para disolverla se considerará como crimen de alta traición. El que la realizare será declarado traidor á la patria y juzgado inmediatamente como tal. El ejército de línea y la guardia nacional, que han combatido y siguen combatiendo por la libertad, la independencia y el territorio de Francia, han merecido bien de la patria. Los ministros de la guerra, de relaciones con el extranjero, y de lo interior son invitados á presentarse inmediatamente en el seno de la asamblea. »

Regnault de St. J. d'Angely aconsejó á Napoleón que abdicase por segunda vez, y el emperador lo hizo en favor de su hijo. « Mi vida política ha terminado, decía; me ofrezco en holocausto al odio de los enemigos de Francia. Proclamo á mi hijo emperador de los franceses, con el nombre de Napoleón II. Uníos todos para salvaros y seguir figurando como nación independiente. »

El rey de Roma se hallaba en Austria con María Luisa, su madre, por lo cual se organizó un gobierno provisional, cuyo jefe fué Fouché, duque de Otranto y en el cual figuraron como miembros Carnot y el general Grenier, que pertenecían á la cámara de los representantes, de la de los pares.

En vez de defender los intereses de Napoleón II, Fouché se puso en relaciones con Wellington y los realistas, para preparar una nueva restauración. El emperador, que se había retirado á la Malmaison inmediatamente después de abdicar, pidió que lo autorizasen á defender la Francia como simple general, comprometiéndose á entregar su espada, así que hubiese rechazado á los invasores. Fouché se lo negó, y esto hizo comprender á Napoleón que su causa estaba perdida.

**Napoleón en Santa Elena.** — El emperador